

¿Lombardos en Cataluña? Construcción y pervivencia de una hipótesis controvertida¹

Joan DURAN-PORTA

Museu Nacional d'Art de Catalunya

Todavía hoy existe la convicción generalizada de que el modelo dominante en la arquitectura catalana del siglo XI deriva de fórmulas desarrolladas en el norte de Italia, e incluso de que sus primeros artífices procedieron directamente de Lombardía. Concretamente, se estima que los constructores de las primeras obras románicas edificadas en los condados catalanes (y en zonas limítrofes de los Pirineos centrales) pertenecían a una serie de talleres itinerantes de origen lombardo, que de algún modo fueron contratados por las élites aristocráticas catalanas en pleno desarrollo arquitectónico de sus territorios feudales. Los artífices italianos son modernamente conocidos como «maestros lombardos», y los edificios que supuestamente construyeron conforman un (amplísimo) corpus catalán de «románico lombardo».

Una tal construcción teórica tiene evidentes ventajas para el razonamiento histórico-artístico: explica con facilidad los procesos de transmisión técnica y estilística entre territorios lejanos. Se sustenta, además, sobre una larga tradición historiográfica al respecto, e incluso su armazón está sólidamente trabado gracias a una notable colección de testimonios documentales, que confirman la hipótesis sin (aparente) discusión.

El arranque historiográfico de esta «hipótesis lombarda» puede fecharse en Cataluña durante la primera década del siglo XX, iniciada por dos breves aunque influyentes estudios. El primero, firmado en 1906 por Josep Puig i Cadafalch, argumenta por primera vez la dependencia (aunque no exclusiva) del románico catalán para con la arquitectura del norte de Italia; significativamente se titula «Les influences lombardes en Catalogne»².

Aunque el estudio de Puig apunta ya con claridad la presencia de los constructores italianos al sur de los Pirineos, el segundo de los trabajos mencionados parece

¹ La presente comunicación está basada en mi trabajo de investigación de doctorado (dirigido por la Dra. Anna Orriols): J. DURAN-PORTA, *El mite dels mestres llombards, Revisió crítica dels testimonis de la presència d'artífexs nord-italians en l'arquitectura catalana del segle XI*, Bellaterra, 2005 (inédito).

² J. PUIG I CADAFALCH, «Les influences lombardes en Catalogne», *Congrès Archéologique de France, LXXIII^e Session tenue en 1906 à Carcassone et Perpignan*, París-Caen, 1907, pp. 684-703.

ser todavía más claro en ese sentido. Su autor, Josep Gudiol, advierte desde el título, «Quelcom sobre els lambarts», su intención de aportar más datos sobre los lombardos³. Utilizando algunas noticias de Villanueva, y sobre todo rebuscando en los archivos de la catedral de Vic, Gudiol localiza una serie de referencias documentales que acreditan, no exactamente la presencia de lombardos en la Cataluña medieval, sino la transformación del gentilicio «lombardo» en un calificativo profesional para el oficio arquitectónico, en un auténtico sinónimo de constructor o maestro de obras.

La constatación de *mossèn* Gudiol es trascendental, además de irrefutable, para el desarrollo posterior y para el éxito de la cuestión lombarda. El razonamiento que se deriva de los documentos es a todas luces sencillo: fue la presencia (y el éxito) de verdaderos maestros lombardos en la primera mitad del siglo XI lo que motivó luego la transposición de su apelativo gentilicio en un adjetivo calificador del oficio de la construcción⁴.

Por supuesto, las ideas de Puig i Cadafalch y de Gudiol no resultaban exactamente una innovación, más bien una concreción local de una teoría más amplia. En efecto, la «hipótesis lombarda» tenía ya detrás una potente tradición historiográfica, la cual desde mediados de siglo XIX abogaba por un origen específicamente norte-italiano de la arquitectura románica europea, cuanto menos de una buena parte de ella.

Con anterioridad a la acuñación del término «románico» habían sido utilizados para denominar a cierto tipo de arte medieval que ya se reconocía distinto al gótico una serie de conceptos de raigambre bárbara, entre los cuales «lombardo» (como «normando», o «sajón»), según la geografía de los estudios. Sin embargo, cuando se impuso definitivamente la idea del Románico, el concepto «lombardo» mantuvo su identidad asociándose entonces a una especie de subestilo o modelo supra-regional, dentro de lo románico⁵. Un subestilo desarrollado gracias al influjo de la arquitectura del norte de Italia, con un explícito *background* longobardo y un contacto más o menos directo con la taroantigüedad romana, y también con el bizantinismo de corte ravenático⁶.

La idea de un románico-lombardo tuvo gran fortuna. Los italianos dieron buena cuenta de ello, y entre finales de siglo XIX y primer tercio del XX varios autores de

³ J. GUDIOL I CUNILL, «Quelcom sobre els Lambarts», *Revista de la Asociación artístico-arqueológica barcelonesa*, 62-II (1910), pp. 329-335.

⁴ Un proceso de evolución semántica como éste no es para nada extraño en el mundo medieval. Incluso el mismo gentilicio lombardo evoluciona en el norte de Europa como sinónimo de banquero: J. LE GOFF, *Marchands et banquiers du Moyen Âge*, París, 1956, p. 40.

⁵ Son bastante numerosos los estudios sobre los orígenes de la historiografía del románico; cabe destacar, por ejemplo: T. WALDEIER BIZARRO, *Romanesque Architectural Criticism. A Prehistory*, Cambridge, 1992; o el más reciente: J. NAYROLLES, *L'invention de l'art roman à l'époque moderne (XVIII^e-XIX^e siècles)*, Rennes, 2005.

⁶ Al parecer la primera referencia publicada en este sentido se debe al erudito italiano Giorgio Cordero, en el texto de una conferencia celebrada en 1828: A. SUNDERLAND, «The Legend of the Alternate System at St. Bénigne of Dijon», *The Journal of the Society of Architectural Historians*, 17-III (1958), pp. 2-9. Sobre los inicios de la cuestión lombarda, véase también la breve pero completa nota de E. FERNIE, en: *Masons and Sculptors in Romanesque Burgundy. The New Aesthetics of Cluny III*, Londres, 1995, I, pp. 70-71.

peso abordaron la cuestión. Entre otros, Raffaele Cattaneo lo hacía en 1888 con *La architettura in Italia del secolo VI al mille circa*⁷, y algo más tarde Giovanni Teresio Rivoira publicaba *Le origini dell'architettura lombarda e della sue principali derivazioni nei paesi di Oltr'Alpe*⁸. Ambos libros fueron rápidamente traducidos al inglés, y especialmente el segundo tuvo una gran aceptación e influencia en Gran Bretaña debido a su específico interés por la arquitectura anglonormanda, considerada bajo el mismo prisma de derivación norte-italico. Tuvo también repercusión el monumental estudio de Giuseppe Merzario *I maestri comacini, storia artistica di mille duecento anni (600-1800)*, exhaustivo panorama documental de la actividad de los artistas lombardos en Europa cuyo entusiasmo y retórica no compensan una (evidente) falta de rigor metodológico⁹.

Los orígenes altomedievales del románico lombardo fueron situados explícitamente desde el principio en los célebres *magistri comacini*, concepto bajo el que aparentemente fueron conocidos los constructores de la Italia longobarda. Este término aparece en una breve serie de documentos legislativos del reino longobardo entre los siglos VII y VIII, y ha sido tratado de modo abundante por la bibliografía, por cierto que ahora mucho menos dispuesta a vincular el origen de estos artífices con la ciudad de Como¹⁰. En cualquier caso, de los *comacini* longobardos y de sus enseñanzas habría partido la versión del románico gestada en el norte de la Península Itálica y luego arraigada en una gran parte del continente.

La idea de un (tipo de) románico de origen lombardo fue asumida de modo general por la historiografía europea y estaba perfectamente en boga durante las primeras décadas del siglo XX, cuando arraigó también en Cataluña. Los trabajos de Gudiol y especialmente de Puig i Cadafalch, pues, se desarrollan en un contexto internacional apropiado y con estudios paralelos en otros territorios¹¹.

⁷ R. CATTANEO, *L'architettura in Italia del secolo VI al mille circa*, Venecia, 1888.

⁸ G. T. RIVOIRA, *Le origini dell'architettura lombarda e delle sue principali derivazioni nei paesi d'oltr'Alpe*, Roma, 1901-1907.

⁹ G. MERZARIO, *I maestri comacini, storia artistica di mille duecento anni (600-1800)*, Milán, 1893. Véase ya una primera crítica metodológica en una review de A.L. FROTtingham para *The American Journal of Archaeology and of the History of the Fine Arts*, 9-IV, 1894, pp. 564-566.

¹⁰ La etimología del término bien pudiera relacionarse, en cambio, con la expresión «magistri cum machina», luego identificando a los maestros que trabajan con andamio. La bibliografía sobre los comacini es extensísima; véase en particular: M. SALMI, «Maestri comacini o commacini», *Artigianato e tecnica nella società dell'alto medioevo occidentale, XVIII Settimane di studio del centro italiano di studi sull'alto medioevo*, Spoleto, 1971, I, pp. 409-424. Estados de la cuestión más recientes en: A. CASTELLANO, «I costruttori lombardi nel Medioevo. Dall'espansione internazionale al declino», *Costruire in Lombardia. Aspetti e problemi di storia edilizia*, Milán, 1983, pp. 13-56; y C. TOSCO, «Gli architetti e le maestranze», *Arte e Storia nel Medioevo*, Turín, II (2003), pp. 43-68.

¹¹ Sin ánimo de exhaustividad, véase todavía en Italia: A. VENTURI, «L'arte romanica», *Storia dell'arte italiana*, Milán, vol III (1904); o P. TOESCA, «Il Medioevo», *Storia dell'arte italiana*, Torino, II (1927). En Francia: F. DE DARTEIN, *Étude sur l'architecture lombarde et sur les origines de l'architecture romano-byzantine*, París, 1865-1882; C. ENLART, *Manuel d'archéologie*, París, 1902; o P. DE TRUCHIS, «L'architecture lombarde», *Congrès Archéologique de France, LXXIIIe Session tenue en 1909 à Avignon*, París-Caen, 1910, II, pp. 204-242. La temprana introducción del concepto en la historiografía anglosajona se debe al escritor Thomas HOPE, *An Historical Essay on Architecture*, Londres, 1835.

Puig i Cadafalch conocía por lo menos los trabajos de Merzario y de Rivoira, a quienes cita explícitamente en múltiples ocasiones. Indudablemente influyeron en sus convicciones sobre la participación lombarda en la definición del románico catalán, aunque su aportación fue sin duda original, logrando además que las ideas que desarrolló mientras trabajaba en los exhaustivos volúmenes de *L'arquitectura romànica a Catalunya*¹² alcanzaran un reconocimiento casi sin precedentes para la historiografía de la Península Ibérica. Los modernos métodos de análisis de Puig, su comprensión técnica de la arquitectura y –también– su implicación política en el catalanismo conservador de la época son aspectos a considerar para la formación de sus ideas sobre el románico en Cataluña¹³.

Tales ideas se expresan de forma definitiva ya en la obra de edición francesa *Le premier Art Roman. L'Architecture en Catalogne et dans l'Occident Méditerranéen aux X^e et XI^e siècles*, y especialmente en *La geografía i els orígens del primer art romànic*¹⁴. Cabe destacar en ambas publicaciones la presencia del concepto de «primer románico», expresión de propio cuño que sirve al historiador catalán para desarrollar una nueva visión del tradicional fenómeno románico-lombardo, disociando parcialmente ambos términos y diluyendo la significación norte-italiana en un contexto mucho más amplio de influjos y relaciones mediterráneas¹⁵.

Es tarea imposible describir en breves líneas el modelo teórico construido por Puig. Tan sólo será necesario decir, en síntesis, que sus anclajes estructurales pretenden vincular la gestación del Románico a la arquitectura del Oriente sirio-bizantino. Lo interesante desde nuestro punto de vista es que la transmisión de las fórmulas orientales habría tenido un espacio intermediario de regeneración y redifusión en el territorio del antiguo reino longobardo, lo que de nuevo supone una activa participación del norte de Italia en la generación-transmisión de los esquemas estructurales y técnicos de *una parte* del románico europeo. En líneas generales, se trata del mismo panorama reunido anteriormente bajo el prisma únicamente «lombardo», tal vez con algunos retoques y matizando el influjo específicamente italiano que pasa de ser generador de nuevas fórmulas a simplemente transmisor (fig. 1).

¹² J. PUIG I CADAFAALCH, A. DE FALGUERA y J. GODAY, *L'arquitectura romànica a Catalunya* (3 vols.). Barcelona, 1909-1918.

¹³ Una reciente antología de textos, con amplia introducción a la poliédrica personalidad de Puig, en: X. BARRAL (ed.), *Josep Puig i Cadafalch. Escrits d'arquitectura, art i política*. Barcelona, 2003. Del mismo autor: «Puig i Cadafalch: le premier art roman entre idéologie et politique», *Medioevo: arte lombarda. Atti del Convegno internazionale di studi (Parma 2001)*, Milán, 2003, pp. 33-41.

¹⁴ J. PUIG I CADAFAALCH, *Le premier Art Roman. L'Architecture en Catalogne et dans l'Occident Méditerranéen aux X^e et XI^e siècles*, París, 1928; y *La geografía i els orígens del primer art romànic*, Barcelona, 1930 (con traducción francesa en 1935).

¹⁵ El concepto de primer románico concebido por Puig parece hoy, al menos, discutible; sus características son insuficientes (o demasiado superficiales) para definir estrictamente un «estilo» arquitectónico; tal vez, entonces, debamos considerar su uso solamente con sentido temporal, no estilístico. En este sentido, parte de la historiografía francesa actual suele preferir la expresión «premier âge roman», que me parece bastante satisfactoria.



Fig. 1. Extensión geográfica del «primer románico» según Puig i Cadafalch (a partir de: *La Geografia i els Orígens del Primer Romànic*, 1930).

La larga persistencia académica del modelo de Puig i Cadafalch se debe quizá a su gran éxito y reconocimiento europeo. Éste fue muy notable, hay que repetirlo, sin duda por las buenas relaciones del autor con los ambientes eruditos franceses (aunque hubo también críticas de peso, como la de Pierre Francastel¹⁶). Henry Focillon, en particular, asumió la idea con notable fervor (cierto es que también con algunos matices), igual que el estadounidense Kenneth John Conant, autores ambos de gran influencia posterior¹⁷. Otra aportación contemporánea destacada,

por supuesto, es la debida a Arthur Kingsley Porter, cuyo monumental *Lombard Architecture* afronta con rigor y metodología parejos a los de Puig i Cadafalch el estudio de la arquitectura románica en la región estrictamente lombarda¹⁸. Aunque Porter reconoce la influencia del modelo norte-italiano en Europa, no se involucra en demasía con la cuestión y prefiere no ahondar en el tema de los maestros lombardos, asumiendo, en cambio, que la difusión de formas y modelos lombardos es debida sobre todo a la circulación de monjes e intelectuales. En cualquier caso, las excelentes relaciones entre Porter y Puig son bien conocidas, y fue gracias al americano que el historiador catalán dio una serie de conferencias en Harvard el año 1928.

Volvamos a la cuestión estricta de los maestros lombardos, de la participación de constructores italianos en la génesis del románico catalán. Además del ya mencio-

¹⁶ P. FRANCASTEL, *L'Humanisme Roman. Critique des théories sur l'Art du XI^e siècle en France*, París, 1970 (1945).

¹⁷ H. FOCILLON, *Art d'Occident. Le Moyen-Age roman et gothique*. París, 1938. K. J. CONANT, *Carolingian and Romanesque Architecture 800 to 1200*, Middlesex, 1959.

¹⁸ A.K. PORTER, *Lombard Architecture*, New Haven-Londres, 1915-1917.

nado fondo historiográfico sobre el que se sustenta la idea, lo cierto es que tanto Puig i Cadafalch como los demás autores que ya entonces, y desde entonces, la han asumido, se basan en tres argumentos fundamentales. El primero de ellos, ya comentado, es la utilización del gentilicio lombardo para designar el oficio arquitectónico.

El segundo argumento se fundamenta también, como el primero, en los documentos de archivo. A partir del siglo IX, en la documentación catalana son extremadamente frecuentes los individuos llamados «Lombardo», es decir cuyo antropónimo es igual a la forma gentilicia. (En realidad, hasta mediados del siglo XI se utiliza siempre la forma primigenia del vocablo, esto es «Longobardo», y no «Lombardo» que es una derivación más tardía.) Lo lógico es pensar entonces que todos esos individuos realmente procedían de tierras itálicas, ellos o sus familias, lo que presupone un movimiento migratorio de notables dimensiones, dentro del cual podría entonces incluirse la llegada de los maestros constructores.

El tercer y último argumento utilizado es el razonable parecido y las conexiones técnicas, formales y decorativas entre la arquitectura norte-italiana del siglo XI y los edificios contemporáneos en los condados catalanes. Este parecido se concreta en una serie de aspectos que parecen ser efectivamente comunes en toda el área geográfica del «primer románico». En particular, el empleo de mampostería de pequeñas dimensiones y la ausencia de sillares de talla, así como el uso sistemático de un léxico ornamental muy característico en la superficie de los muros, cuyos elementos fundamentales son los conocidos arquillos ciegos y las lesenas, significativamente denominadas aquí «bandas lombardas» (fig. 2). También, aunque en menor medida, la difusión de cierto tipo de cubiertas abovedadas (la cúpula o la bóveda de arista) y la presencia reiterada de algunos elementos específicos como la cripta del tipo sala, o las esbeltas torres-campanario típicas del paisaje de montaña de ambos territorios, por supuesto, derivación periférica de las grandes torres que monumentalizan las construcciones de mayor rango (fig. 3).



Fig. 2. La cabecera de la iglesia de San Martí del Canigó, ejemplo relativamente primerizo de utilización del léxico ornamental asociado con el «primer románico» (foto: autor).



Fig. 3. Torre-campanario de la catedral de Vic, única pervivencia –junto con la cripta– del edificio del siglo XI levantado en época del obispo-abad Oliba (foto: autor).

Aunque rápidamente voy a volver a estos argumentos, antes repasemos brevemente la evolución posterior de las teorías iniciadas con Puig i Cadafalch, es decir, cómo ha evolucionado la «cuestión lombarda» en la historiografía de la segunda mitad del siglo XX hasta la actualidad¹⁹.

En general, la existencia de los maestros lombardos ha sido aceptada de forma bastante unánime. Autores tan dispares como Raymond Oursel, Louis Grodecki o Marcel Durliat ejemplifican esta postura, el primero con gran entusiasmo, los otros dos matizando en cierto modo el valor de la aportación de estos maestros, aunque sin negar en ningún caso su existencia²⁰. Algún otro especialista ha relacionado ocasionalmente la llegada de los constructores lombardos con la de los pintores milaneses a quienes se atribuye el origen de los modelos pictóricos pirenaicos relacionados con el círculo de Pedret²¹; hipótesis, por otra parte, sin dema-

siados argumentos.

¹⁹ Evidentemente no pretendo ser exhaustivo, tan sólo marcar las líneas fundamentales al respecto de la cuestión lombarda desarrolladas en los últimos decenios.

²⁰ R. OURSEL, *Univers roman*, Friburg, 1966. L. GRODECKI, *et alt.*, *Le siècle de l'an mil.*, París, 1973. M. DURLIAT, «Problèmes posés par l'histoire de l'architecture religieuse en Catalogne dans la première moitié du XI^e siècle», *Les Cahiers de Saint-Michel de Cuxa*, 3 (1972), pp. 43-49; *Id.*, *Existeix un art romànic català? Reflexions sobre l'arquitectura catalana del segle XI*, Barcelona, 1988 (con versión francesa: «La Catalogne et le «premier art roman»», *Bulletin Monumental*, 147-III (1989), pp. 209-238).

²¹ H. STOTHART, «Studies relating to the influences of Lombard artists in Catalonia Spain during the 11th Century», *Il Romanico. Atti del Seminario di studi diretto da Piero Sanpaolesi*, Milán, 1975, pp. 212-224.

La historiografía catalana se ha sentido siempre muy cómoda con la teoría (y bajo la protección eminente de Puig), y se ha dedicado con especial esmero a contrastar en la arquitectura o en los documentos la presencia del elemento lombardo. Léanse en ese sentido las aportaciones de Eduard Junyent, de Eduard Carbonell, o más recientemente de Joan-Albert Adell o de Francesc Fité²². Lo mismo vale para Fernando Galtier, cuyos estudios sobre la arquitectura del siglo XI en la parte oriental de Aragón trasladan a los Pirineos centrales la presencia de los maestros lombardos, a quienes el autor atribuye el comienzo de diversos edificios que luego, debido a razones diversas (y desconocidas), habrían terminado constructores locales²³.

El panorama es abrumadoramente favorable, digámoslo así, para nuestros «maestros lombardos». Cabe destacar al menos las precauciones expresadas al respecto por Isidro Bango, cuyas atenciones al peso de la arquitectura germánica imperial en la definición conceptual del románico catalán resultan muy sugerentes²⁴, y en los últimos tiempos y de modo más intenso por Xavier Barral, que en un ensayo todavía reciente parece negar casi por completo la existencia de artífices itinerantes en toda la época románica, incluidos (explícitamente) los lombardos²⁵.

En los últimos tiempos la historiografía francesa se ha manifestado en varias ocasiones también contraria al modelo lombardo. Las aportaciones de Jean-Pierre Caillet, con su particular toque iconoclasta, parecen señalar este camino²⁶, y un rechazo explícito es efectuado por Élianne Vergnolle primero en la monografía *L'art roman en France* y luego, más específicamente, en «Les débuts de l'art roman dans le royaume franc (ca. 980-ca. 1020)», donde se afirma que «ce mythe des maçons lombards itinérants ne repose pourtant sur aucun fondement historique, et rien, dans l'observation des monuments, ne vient l'étayer»²⁷. Aunque (como se verá rápidamente) compartamos esta última afirmación, lo cierto es que el interés de la historiadora francesa por el tema queda circunscrito a dicha frase, sin justificación posterior ni referencia en nota.

²² Refiero únicamente la que me parece aportación más significativa en este punto de cada autor. E. JUNYENT, *Catalunya Romànica. L'arquitectura del segle XI*, Barcelona, 1975. E. CARBONELL, *El primer romànic en Catalunya*, Madrid, 1991. J. A. ADELL «Arquitectura religiosa». *Catalunya Romànica* (vol. XXVII), Barcelona, 1998, pp. 63-92. F. FITÉ, «Consideracions sobre el romànic en l'àmbit del comtat d'Urgell», *El comtat d'Urgell*. Lleida, 1995, pp. 119-148.

²³ Esta idea se desarrolla, por ejemplo, en: F. GALTIER, «I maestri lombardi e la nascita dell'arte romanica in Catalogna e Aragona. Problemi del loro apporto alla luce del quadro europeo», *Medioevo: arte lombarda. Atti del Convegno internazionale di studi (Parma 2001)*, Milán, 2003, pp. 593-601.

²⁴ En particular: I.G. BANGO, «La part oriental dels temples de l'abat-bisbe Oliba», *Quaderns d'estudis medievals*, 23-24 (1988), pp. 51-66.

²⁵ X. BARRAL, «Contre l'itinérance des artistes du premier art roman méridional», *Le vie del medioevo. Atti del Convegno internazionale di studi (Parma 1998)*. Milán, 2000, pp. 138-140. La misma idea se mantiene en uno de los capítulos del reciente *Contre l'art roman? essai sur un passé réinventé*, París, 2006, pp. 259-265.

²⁶ J.P. CAILLET, «Le mythe du renouveau architectural roman», *Cahiers de civilisation médiévale*, 43 (2000), pp. 341-369; y «L'architecture religieuse dans l'Occident de l'An mil: rupture ou continuité?», *Année mille An Mil*, Aix-en-Provence, 2002, pp. 71-104.

²⁷ E. VERGNOLLE, *L'art roman en France*, París, 1994; y «Les débuts de l'art roman dans le royaume franc (ca. 980-ca. 1020)», *Cahiers de civilisation médiévale*, 43 (2000), pp. 161-194 (cita en p. 181).

En consecuencia, las críticas al modelo lombardo todavía son, además de escasas, faltas de razonamiento analítico y de sólida argumentación. En cambio, la persistencia de dicho modelo en la historiografía, catalana e italiana particularmente, se ha podido comprobar por ejemplo en el simposio *Els comacini i l'arquitectura romànica a Catalunya*, celebrado a finales de 2006 en Girona y Barcelona y de título bastante indicativo²⁸.

Los maestros lombardos, ¿realidad o mito?

De los tres argumentos anteriormente citados como apoyo para confirmar la presencia de los maestros lombardos en Cataluña, voy a centrarme únicamente en los dos que proceden de la documentación. Esta opción parece razonable, puesto que sin el soporte del texto escrito las conexiones arquitectónicas entre el románico catalán y el lombardo (esto es, el tercer argumento) revisten menos fuerza y, aunque indiscutibles, podrían haber sido explicadas sin recurrir a la circulación de los constructores.

Como se ha dicho ya, la presencia de los maestros lombardos en la Cataluña del siglo XI está aparentemente confirmada por el empleo del gentilicio lombardo como calificativo de los profesionales de la construcción²⁹. Como señalaba *mossèn Gudiol* en el seminal estudio de 1910, esto sucede únicamente a partir de la segunda mitad del siglo XII. El primer caso, también el más célebre, se produce en la Seu d'Urgell en el año 1175. Un personaje llamado Raimon es contratado por el obispo y el cabildo para dar término a las obras de la catedral. El contrato, conservado en una copia levemente posterior³⁰, es muy claro en identificar a Raimon (y a sus cuatro ayudantes) como *lambard*, y pese a que se ha propuesto en ocasiones interpretar el término en alusión a una cuadrilla de artífices italianos, no hay duda (como ya dijo Gudiol) de que la palabra significa sencillamente «constructor», «maestro de obras»³¹.

En realidad, el análisis de la documentación del archivo capitular de la Seu d'Urgell no deja lugar a dudas sobre el origen local de Raimon, quien aparece en otro documento posterior identificado como «Raimon *de Nargó*, *lambard*», es decir ori-

²⁸ Aunque el término *comacini* se utiliza, en verdad, de forma convencionalizada. Del simposio destacan especialmente la ponencia inaugural de S. LOMARTIRE, «Comacini, Campionesi, Antelami, "Lombardi", Problemi di terminologia e di storiografia», y la aportación muy técnica e interesante de J. A. ADELL, «L'aparició dels magistri comacini a Catalunya. Aspectes tecnològics i d'organització» (ambas en prensa).

²⁹ Aunque se trata de un calificativo menos habitual que otros igualmente documentados, tales como *magister edorum*, *magistri de petra*, *mestre de cases*, *picapedrer*, etc.

³⁰ Se conserva copiado en el *Liber Dotaliorum Ecclesiae Urgelensis*, Archivo Capitular de Urgell, I, f. 250v. El texto ha sido publicado en numerosas ocasiones, creo que en primer lugar por J. VILLANUEVA, *Viaje Literario a las iglesias de España*, Madrid, 1803-1852, IX, pp. 298-300.

³¹ Pese a ello, parte de la historiografía (en especial italiana) suele mantener la convicción del origen lombardo del maestro y de sus ayudantes: E. CASTELNUOVO, «Viaggiavano gli artisti nei lunghi secoli del Medioevo? E perché, e come, e quando», *Els camins, el viatge, els artistes, cicle de conferències del MNAC*, Barcelona, 2007, pp.33-45 (en esp. p. 43).

ginario de esta villa, Nargó (actualmente Coll de Nargó), muy cercana a la Seu³². Gracias al archivo urgelitano incluso podemos determinar el alcance de sus ocupaciones en el contexto catedralicio, así como los lazos familiares que le facilitaron el acceso a la dirección de las obras³³.

Para encontrar de nuevo otros constructores denominados lambardos hay que trasladarse al área de Vic, y utilizar esta vez el rico archivo de la sede ausetana. Lo hizo con éxito Gudiol, de modo que me limito a enumerar sus hallazgos: a lo largo del siglo XIII como mínimo cuatro personajes distintos se identifican como lambardos, además de ser mencionado genéricamente «un lambard» como périto en un arbitraje sobre bienes inmuebles. Concretamente son: un Guillem de Rieria *lambart*, un Pere de Mora *lambard*, su hijo y tocayo (que debió continuar el negocio), y por último un Guillem de Verdaguer *lambard*³⁴.

La difusión del concepto alcanza sin duda hasta el siglo XIV, y está claro que se difunde en el área barcelonesa. Lo atestigua el equipo de «lombardorum» que trabajan en las obras de la catedral gótica de Barcelona con el maestro Jaume Fabre³⁵, o –todavía más significativamente– el nombre de la cofradía barcelonesa de constructores, cuya concesión fundacional otorga el rey Pedro el Ceremonioso en 1381 y pone bajo la protección de la santa patrona Eulalia a todos los «lambards e maestres de cases de la ciutat de Barchinona»³⁶.

Por lo pronto, se constata pues que durante la Baja Edad Media el término lombardo se utiliza como sinónimo de constructor. Sin embargo, hay que señalar que aparece también de forma muy común como simple apellido; y en verdad, la mayoría de «lambards» documentados son simplemente individuos que se apellidan de tal modo, y que se dedican a las más variadas tareas (sin relación con la arquitectura). Por ejemplo, el Berenguer Lombard que aparece en una lápida funeraria de 1261 en la iglesia de San Esteban de Caldes de Malavella, no es un maestro de obras como pensaba Gudiol, sino que está perfectamente documentado como notario³⁷.

³² Documento reproducido en C. BARAUT, «Els documents dels anys 1151-1190, de l'Arxiu Capitular de la Seu d'Urgell», *Urgellia*, IX (1990-1991), pp. 7-349, doc. 1822. Su importancia ha sido ya puesta de relieve por J.A. ADELL *et al.*, *La catedral de la Seu d'Urgell*, Manresa, 2000.

³³ Su hermano era miembro importante del capítulo de la catedral urgelitana: J. DURAN-PORTA, «Sobre l'origen de Raimon Lambard, obrer de la catedral d'Urgell», *Locus Amoenus*, 8 (2005-2006), pp.19-28.

³⁴ Todas las referencias son de Gudiol (1910) excepto la última, que aporta F. CARRERAS CANDI en: «Notes dotzencentistes d'Ausona», *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, V (1909-1910), pp. 429-479, p. 462.

³⁵ Documento de 1337, recogido por: J. BASSEGODA, *Els treballs i les hores a la catedral de Barcelona, Un quart de segle d'estudis, projectes i obres (1969-1984)*, Barcelona, 1995, p. 138.

³⁶ Para la transcripción del texto: M. DE BOFARULL Y DE SARTORIO, *Gremios y Cofradías de la antigua Corona de Aragón* (Colección de documentos inéditos del Archivo General de la Corona de Aragón, tomo XL), Barcelona, 1876, pp. 235-241.

³⁷ GUDIOL (1910), p. 332. Para la identificación del personaje como notario, véase el documento n° 120 de: E. PRUENCA, *Diplomatari de Santa Maria d'Amer*, Barcelona, 1995.

En cierto modo todo esto nos conduce al segundo de los argumentos documentales mencionados antes. Se ha dicho ya que el término Lombardo y su forma primitiva Longobardo son habituales como antropónimos en los condados catalanes al menos desde el siglo IX. Una estimación realizada con las fuentes anteriores al año mil contabiliza 145 apariciones, número bastante notable dentro del *stock* antropónimo (muy variado) de la época³⁸; es interesante comprobar como el vocablo funciona como nombre propio hasta mediados de siglo XI, y luego se convierte de forma relativamente rápida en apellido³⁹.

Pero los Longobardo y los Lombardo de los documentos no son en ningún caso, como pretende la tradición historiográfica, el reflejo de un proceso migratorio desde el norte de Italia hacia los Pirineos. Y tampoco son precoces maestros constructores como en ocasiones se ha podido pensar (algunos, entonces, habrían llegado bastante antes que las propias formas lombardas), ya que el análisis particular de cada una de las noticias constata que éstas no solamente no aportan prueba alguna al respecto, sino que son bastante claras apuntando todo lo contrario. Es decir, que se trata *en todos los casos* de gentes autóctonas, de individuos que se denominan (o que se apellidan) Longobardo o Lombardo, pero que no proceden del norte de la península italiana⁴⁰. Y que tampoco, por supuesto, se dedican al oficio arquitectónico.

La mayoría de estos personajes se hallan en las fuentes documentales en relación con actividades económicas o sociales de índole diversa. Algunos aparecen como ricos magnates, e intervienen de forma especialmente activa en el incipiente mercado de compra-venta de tierras y posesiones del siglo X y principios del XI. Un ejemplo significativo en este sentido es el Longobardo presbítero documentado entre finales de siglo X y principios del XI en la ciudad de Barcelona, un auténtico potentado con posesiones inmuebles en el interior de las murallas además de campos y terrenos propios en los alrededores; un hombre, además, bien conectado con los centros de poder del condado, y a quien vemos en ocasiones actuando junto al conde Ramon Borrell, o junto al obispo Vives⁴¹.

Caso también interesante es el de otro poderoso magnate documentado en la Cataluña central, quien a mediados de siglo X hace donación de cuatro iglesias propias al monasterio de Santa Cecilia de Montserrat; no tiene sentido considerar a este Longobardo como un artífice italiano, pues la posesión de las iglesias indica su cate-

³⁸ J. BOLÓS, y J. MORAN, *Repertori d'Antropònims Catalans (RAC)*, Barcelona, 1994, pp. 42-43.

³⁹ El proceso se repite en muchos otros casos, y debe relacionarse con el desarrollo de los sistemas de identificación doble característicos de la Europa feudal. Para la evolución antroponímica véase, en principio: M. BOURIN (ed.), *Genèse médiévale de l'anthroponymie moderne*, Tours, 1990; y P. MARTÍNEZ SOPEÑA (coord.), *Antroponimia y sociedad. Sistemas de identificación hispano-cristianos en los siglos IX a XII*, Valladolid, 1995.

⁴⁰ Esta idea ya fue planteada por M. ZIMMERMAN en: «La connaissance du grec en Catalogne du IX^e au XI^e siècle», *Haut Moyen Âge. Culture, éducation et société. Études offertes à Pierre Riché*, Nanterre, 1990, pp. 493-515.

⁴¹ De las numerosas referencias al personaje, tal vez el documento más interesante sea la publicación sacramental de su testamento, fechado en el 7 de mayo de 1020: P. PUIG I USTRELL, *El monestir de Sant Llorenç del Munt sobre Terrassa. Diplomataris dels segles X i XI*, Barcelona, 1998, doc. 89.

goría de promotor, y la generosa donación su considerable jerarquía social y sus intereses para con el cenobio⁴².

Ejemplos similares se repiten a menudo, tanto en el siglo X como en la centuria siguiente. Los casos tardíos son los más interesantes, al ser contemporáneos de la arquitectura supuestamente «lombarda» y por lo tanto más propensos a reflejar la supuesta presencia de maestros italianos. Sin embargo, los documentos no resisten tampoco ahora el análisis exhaustivo, y la presencia lombarda no es en modo alguno atestiguada... ni en un solo caso. El término Lombardo aparece de forma clara como simple apellido, sin relación con Italia y sin relación (¡hasta 1175!) con el oficio de la arquitectura.

Citemos algún ejemplo, como el Guifré Lombard documentado en relación con el monasterio de Sant Cugat del Vallés, otro personaje de rango social elevado a tenor de sus contactos con el abad o de su participación en juicios de cierto calado, como el que enfrenta al monasterio barcelonés con el noble rebelde Mir Geribert, en 1033⁴³.

Tal vez el único caso que puede provocar controversia es el de un Pere Lambard localizado en la villa de Àger en la época de edificación de la iglesia canónica de San Pedro⁴⁴. Pero ninguna información relaciona al personaje con el alzado de la magnífica iglesia, patrocinada por el vizconde Arnau Mir de Tost. El tal Pere Lambard aparece de forma tangencial, mencionado en una permuta de tierras como propietario de un terreno colindante a los campos involucrados en la transacción, que pertenecen al vizconde. La referencia (marginal) no me parece razón suficiente para probar la existencia de los maestros lombardos en Cataluña, y además la posesión de terrenos más bien indica que se trata también aquí, como en otras ocasiones, de un personaje local sin relación alguna con las obras de la canónica de San Pedro⁴⁵.

La conclusión del análisis llevado a cabo en las fuentes medievales resulta pues bastante sorprendente en este contexto historiográfico tan propenso a aceptar la existencia de los maestros lombardos. En resumen: ni hay pruebas de ninguna migración lombarda en la Cataluña altomedieval, ni hay el menor indicio de la presencia de constructores italianos. La abundancia del antropónimo Lombardo (o de su forma primigenia Longobardo), pese a que evidentemente tiene el origen etimológico en la

⁴² Sin embargo, ha sido considerado como tal en algunas ocasiones, por ejemplo en: F. GALTIER, «Les églises romanes lombardes de la vallée de Larboust (Haute-Garonne): une analyse architecturale qui pose des questions gênantes», *Les Cahiers de Saint-Michel de Cuxa*, 2 (1991), p. 114. Para el documento en cuestión: R. D'ABADAL, *Catalunya Carolingia, II: Els diplomes carolingis a Catalunya*, Ginebra, 1926-1950, p. 255-257.

⁴³ J. RIUS SERRA, *Cartulario de «Sant Cugat» del Vallés*, Barcelona, 1945-1947, docs. 526, 527 y 528.

⁴⁴ Es Francesc Fité quien ha localizado el personaje y lo ha identificado con el maestro de obras italiano de la canónica de San Pedro. Transcribe el documento en: F. FITÉ, «Sobre els mestres d'obra i la construcció medieval a Catalunya (1a. part: l'època romànica)», *L'Artista-Artesa Medieval a la Corona d'Aragó, Actes*, Lleida, 1999, p. 211-238 (apéndice, doc. 1).

⁴⁵ Bien es cierto que se han documentado en la época del románico pleno algunos pagos con tierras a maestros constructores: M. DURLIAT, «Les chantiers de construction des églises romanes», *Les Cahiers de Saint-Michel de Cuxa*, XXVI (1995), pp. 9-25 (p. 16). Nada indica que sea esa la situación aquí. Tampoco parecen italianos, y está claro que no son profesionales de la arquitectura, los otros *lambardos* documentados en el siglo XI en Cataluña, como Iohanes Lambardus (1032), Esteve Lambard (1067) o Berenguer Lambard (1089). Un análisis pormenorizado de todos los casos en: DURAN-PORTA (2005), pp. 96-99.

forma gentilicia, no refleja el origen geográfico de quienes lo llevan sino que parece ser sencillamente producto de una moda antroponímica, tal y como sucede con otros nombres igualmente derivados de gentilicios.

Por supuesto, los documentos no pueden asegurar explícitamente la inexistencia de artífices italianos. Pero no hay en modo alguno prueba, referencia, trazo, alusión o razonamiento que pueda dar sustento a la hipótesis. De forma que los contactos e influencias entre la arquitectura catalana del siglo XI y la lombarda (que tampoco parece sensato negar) no pueden ser debidos a la transposición directa de los artífices como pensaba Puig i Cadafalch. Nunca hubo en Cataluña repito, equipos de lombardos trabajando en la construcción, nunca hubo «maestros lombardos».

Queda todavía una cuestión espinosa por dilucidar: ¿si no fueron los maestros lombardos quienes proporcionaron el gentilicio para la denominación de los constructores catalanes de los siglos XII, XIII y XIV, quiénes fueron? ¿De qué modo el término lombardo llegó a ser utilizado como sinónimo de maestro de obras en Cataluña, tal y como demuestran irrefutablemente los documentos?

Hay que reconocer que se nos escapa la respuesta. Sin embargo, creo que pueden apuntarse un par de cosas interesantes al respecto. En primer lugar, no parece lógico que la evolución semántica del vocablo se produjera en un periodo de tiempo demasiado largo. Lo digo porque si se hubiera constatado la presencia de verdaderos lombardos en la primera mitad del siglo XI en Cataluña, lo normal habría sido que el término se hubiera transformado en un calificativo para el oficio arquitectónico en una o dos generaciones, no más allá.

En segundo lugar, observamos que la difusión del término lombardo como sinónimo de constructor ocurre en unas coordenadas temporales bastante definidas que pueden inscribirse entre la segunda mitad del siglo XII y el final del XIV. Pero también en unas coordenadas territoriales específicas, ya que tan sólo se utiliza en los condados de Urgell, Osona y Barcelona (y nunca, que sepamos, en el resto del territorio catalán), y precisamente en ese orden.

En consecuencia, me pregunto si no es razonable apuntar a la Seu d'Urgell como el origen del fenómeno, luego desplazado hacia el sur primero al obispado de Vic y luego hacia Barcelona. Es una hipótesis plausible, aunque los documentos son tan escasos que llegar más lejos es un tanto arriesgado. ¿Es posible que la evolución semántica se hubiera producido, por ejemplo, ya en Italia? Aunque no parece demostrada tal cosa, es muy italiana la costumbre de asociar gentilicios locales con la profesión desarrollada por la mayoría de sus miembros, especialmente en los quehaceres artísticos y arquitectónicos⁴⁶.

⁴⁶ A pesar de que en la Italia central y meridional hay algunas menciones a constructores lombardos, no parece claro que el gentilicio fuera (como en Cataluña) utilizado con valor profesional. Sin embargo, probablemente sí lo fueran gentilicios regionales como *antelami* o *campionesi*. Sobre la cuestión: S. LOMARTIRE, «Tra mito e realtà: riflessioni sull'attività dei magistri "comacini" nell'Italia del nord tra XII e XIV secolo», *Magistri d'Europa. Eventi, relazioni, strutture della migrazione di artisti e costruttori dei Laghi Lombardo*, Como, 1998, pp. 139-154.



Fig. 4. Cabecera de la catedral de Santa Maria de la Seu d'Urgell, con galería absidal abierta al exterior (foto: autor).

Siguiendo por este camino (y para finalizar), hay algo que debe ser considerado. La catedral de la Seu d'Urgell es un edificio del siglo XII que asume en sus esquemas formales la tradición local catalana, pero que alberga un par de elementos que generalmente (y correctamente, creo) se han relacionado con Italia: el pasadizo-galería abierto al exterior en el ábside (fig. 4), y el diseño de la fachada occidental, incluyendo su repertorio decorativo y escultórico⁴⁷ (fig. 5).

Estos dos elementos no se relacionan, evidentemente, con la arquitectura del «primer» románico lombardo, sino con la verdadera gran arquitectura románica del norte de Italia, que es la del románico pleno, la del siglo XII, la de las grandes catedrales alzadas a lo largo del valle del Po.

Tal vez sea interesante considerar la posibilidad de que un maestro de obras realmente llegado de Italia (pero no un «maestro lombardo» en el sentido historiográfico clásico) hubiera trabajado algún tiempo en la catedral de la Seu d'Urgell. Lo

⁴⁷ Aunque el haber considerado a Raimon Lambard como lombardo puede haber sobreestimado el italianismo de la catedral urgellense, lo cierto es que estos elementos son extraños a la arquitectura catalana y parece clara su procedencia itálica (o más genéricamente italo-germánica): J.A. ADELL, «Santa Maria de la Seu d'Urgell», *Catalunya Romànica (IV. L'Alt Urgell, Andorra)*, Barcelona, 1992, pp. 313-362.

habría hecho bastantes años antes de la presencia de Raimon Lambard, cuya actividad es un tanto apresurada y cuyo contrato y circunstancias revelan un cierto parón anterior en las obras de la sede episcopal. Entonces, quizás fuera a partir de la presencia de este desconocido arquitecto italiano, a mediados del siglo XII, cuando se originó la costumbre (¿o llegó con él desde Italia?) de llamar lombardos, *lambards*, a todos los constructores⁴⁸.



En cualquier caso, hay que tratar el fenómeno siempre en el siglo XII, por lo que debe ser desconectado completamente de «nuestros» tradicionales maestros lombardos. Unos maestros de cuya actividad no hay testimonio alguno, pese a la insistencia (todavía) de la historiografía al respecto.

Fig. 5. Fachada de la catedral de la Seu d'Urgell (foto: autor).

⁴⁸ La llegada de este constructor itálico tal vez pudiera relacionarse con un posible matrimonio del conde Ermengol VII de Urgell con una dama originaria del Piamonte, según cierta información de que disponemos, aunque enormemente imprecisa (y que no sustenta la bibliografía tradicional). Ni me atrevo ni hay espacio aquí para plantear esta hipótesis, que en cualquier caso está –todavía débilmente– elaborada en: DURAN-PORTA (2005), pp. 187-215.